

LA BANDERA RADICAL.

REVISTA SEMANAL DE INTERESES GENERALES

DIIRECTOR Y ADMINISTRADOR—CÁRLOS MARIA RAMIREZ.

SUMARIO DEL NUMERO 2º

In hoc signo vincis.....	POR GREGORIO PEREZ GOMAR.
Partidos viejos y partidos nuevos.....	POR EMILIO ROMERO.
La idea radical y la idea revolucio- naria.....	} POR CARLOS MARIA RAMIREZ.
La nube roja.....	
El Club Radical y la fusion.....	POR FRANCISCO BAUZA.
Los Palmares, (Continuacion).....	POR CARLOS MARIA RAMIREZ.

Revista de la Semana y sueltos diversos.

In hoc signo vincis

La bandera de reorganizacion que levanta la juventud Oriental, tre-
mola en medio de la lucha fratricida, que en mas de cincuenta años
no ha dado otro resultado que muerte y desolacion.

No importa.—Fué tambien en medio de la lucha que el signo de re-
dencion apareció en los cielos, enseñando á los hombres que con la fé y
el convencimiento se obtienen los triunfos perdurables.

Ahora que la sangre se derrama, ahora que el sufrimiento se apura,
es una mision santa levantar la voz de la verdad, el grito de la justicia,
y ofrecer al pueblo en ese signo de redencion, un porvenir de felicidad
y de gloria.

Nuestras esperanzas renacen; no creiamos que los sentimientos hu-
manitarios dejasen de hacer palpitar el corazon de muchos ciudadanos,
pero al ver que todos enmudecian ante la ruina de la Pátria, temiamos
que faltase el valor de levantarlos como elemento activo para influir en
sus destinos.

Cuántas resistencias deben encontrar estos esfuerzos; que desencan-
tos amargos esperan á los nuevos apóstoles de la verdad; que sacrificios
dificiles habrá que soportar; pero no es sobre fierro que van á estre-
llarse, sino sobre corazones capaces de sentir, sobre inteligencias ca-
paces de pensar y de elevarse á las regiones sublimes de la verdad.

Hasta ahora, en este largo periodo de incesante lucha, no han surjido
sinó dos ideas para poner fin á una cuestion que parece mas encarnada
en las personas que en los principios.—El triunfo definitivo de un par-
tido sobre el otro. La fusion de ambos partidos.

La experiencia nos ha demostrado que una y otra solución son imposibles.

Nos encontramos colocados entre dos naciones, relativamente más fuertes que la nuestra.

Con una, nuestros partidos han hecho *comisión* tradicional é inseparable, haciéndose la prolongación de sus mismos partidos.

Con otra nuestras rivalidades tradicionales, nuestra diferencia de aspiraciones, todo nos separa, pero nuestras debilidades, nuestra fiebre de triunfo, nos hace ceder á su impulso hábil y sistemado.

El partido caído, tiene por una parte *simpatías cordiales*, auxilios eficaces, una mano amiga que siempre se estiende para levantarlo. Por otra parte un aliado á veces visible, pero casi siempre solapado, que vé en sus esfuerzos la representación de su zaña, de sus cálculos políticos.

La República Argentina, ya sea poderoso ó débil el concurso que presta á nuestros partidos, tiene siempre los abrazos del amigo abiertos para los vencidos; sus dos partidos ya estén prepotentes ó abatidos, siempre están en situación de prestar esos auxilios, aun desde la altura del Gobierno.

El Brasil siempre espera en su frontera los escuadrones deshechos para poner á su disposición nuevas armas homicidas, para infundir nuevo vigor á la lucha.

Estas verdades no necesitan prueba. Quien tenga ojos las vé, quien tenga oídos las oye, quien tenga inteligencia las comprende—Lo que se palpa no se prueba.

Ante esta situación internacional, la solución armada es imposible; la lucha con intervalos, con treguas escasas, sigue, seguirá hasta llegar á una situación tal que nos precipite en la anexión de una ú otra potencia.

La fusión de los partidos es una idea errónea, que ha surjido de tomar por causa de la anarquía la existencia de los partidos y por medio la supresión de ellos.

La existencia de partidos, aunque haya en ellos la ausencia de principio, no explica por sí sola la lucha incansable.

Habría esfuerzos por obtener el poder, habría luchas electorales. Pero esa zaña para ultimarse, esa transigencia con todos los medios y con todos los elementos, por inmorales que sean,—no proviene sino de la falta de valor en los hombres que influyen sobre esos partidos. En la falta de carácter para enrostrarles sus errores y el temor de perder la popularidad que quieren conservar mimando las preocupaciones vulgares.

Con estas mismas causas aunque no existiesen los partidos, la situación no sería mejor.

La falta de energía para contener los errores de los partidos, nos traería entonces la sanción de un despotismo; en vez de anarquía, tiranía.

A la opresión oligárquica de los partidos, sucedería la opresión absoluta de un déspota, es lo mismo: el despotismo tiene su síntesis en el absolutismo y su análisis en la anarquía.

Así pues la fusión, aunque se operase, no resolvería la cuestión, no nos daría el resultado que buscamos de organización, de libertad y de grandeza.

Pero la fusión es imposible. No digáis á la víctima de los blancos que se abraza con ellos, ni á la víctima de los colorados que haga otro tanto con aquellos. La violencia de los sentimientos sería el primer paso de la tiranía.

Pero podéis decir á unos y á otros: Respeto vuestro dolor, vuestros sentimientos, pero con ellos no se hace política, no se gobierna autorizando á los blancos para que degüellen á los colorados, ni á estos para que degüellen á aquellos.

Se gobierna con los principios, que garanten á todos sus derechos.

Luego la bandera que levanta la juventud es una bandera nueva y ofrece la única solución posible á la cuestión.

Sea el que quiera blanco.

Sea el que quiera colorado.

Nosotros formamos un partido ajeno á vuestros rencores y tradiciones.

Queremos en el Gobierno personas ajenas á los partidos; en el pueblo celo por sus derechos.

No reconocemos Gobierno blanco, ó colorado.

Los partidos están en su derecho en el pueblo, pero son usurpadores en el poder.

El Poder es para todo el pueblo, para blancos, colorados y demás partidos.

El poder no tiene porque alarmarse ni conmoverse con las aspiraciones de los partidos;—garante á todos sus derechos, priva á todos sus abusos, castiga á todos sus crímenes.

Hé ahí lo que queremos. La imparcialidad de la magistratura en las cuestiones de partido.

Si conseguimos esto—como por encanto resolvemos la cuestión tan debatida.

El Gobierno no necesita tradiciones, porque debe ser un Gobierno

de progreso—empuja al País á las conquistas del derecho; no lo man tiene estasiado ante las tradiciones que cada partido invoca.

Colorados!—¿hicisteis la defensa gloriosa de Montevideo contra la invasion de Rosas?—Sea en hora buena;—á las pájinas de oro de la historia.

Blancos!—¿hicisteis la heróica defensa de Paysandú contra las huestes brasileras?—Sea en hora buena;—á las pájinas de oro de la historia.

Pero el Gobierno no llena su mandato con estasiarse en estas tradiciones.

Administra económicamente, hace efectivas las garantias de todos y mirando adelante, empuja al país hácia su destino.

Hé ahí lo que queremos.

Majistraturas, que quiere decir:—justicia, imparcialidad, no gefes de partido en el Poder.

Comprendednos!!

Queremos que toda asociacion, que todo partido, que toda individualidad—viva.—esto es:—desarrolle todas sus facultades, sin quitarle nada de su naturalidad, sin concederle nada fuera de su naturalidad.

No haya otro limite al derecho de uno que el derecho de otro.

Comprendednos!!

Queremos la felicidad del pueblo, mas aun—que cumpla su destino, que sea grande, que sea armónico á la ley universal, que haga honor á la humanidad.

No queremos triunfo de un partido por las armas, porque no reconocemos en la fuerza derecho alguno; porque el triunfo de la fuerza es opresion.

No queremos fusion, porque respetamos vuestros sentimientos, vuestras aspiraciones y vuestras libertades; porque no queremos la violencia de los sentimientos; porque no queremos haceros generosos y nobles á la fuerza, si esos trasportes no brotan espontáneamente en vosotros.

Pero queremos interponer entre vuestras filas armadas el partido de la paz, de la regeneracion y de la justicia.

In hoc signo vincis! os presentamos el único medio de triunfo definitivo, á vosotros que en cincuenta años de lucha os hallais como el primer día, salvo la ruina y la muerte que habeis sembrado.

Oh! Qué amargo seria para los buenos si el pueblo oriental desoyera nuestra voz! ¿Querrá hundirse en la tumba, cuando se le ofrece la vida? ¿Querrá la degradacion cuando se le ofrece un porvenir glorioso?

Compréndaros!

Somos los profetas de ese porvenir y respondemos de él.

Acéptelo el Pueblo!

Gregorio Perez Gomar.

Partidos viejos y partidos nuevos

Los grandes negocios del mundo, las guerras, las revoluciones, etc., son conducidas y ejecutadas por los partidos.

Benjamin Franklin.

I

Hay un principio económico cuya utilidad es universalmente reconocida; la asociación, la reunión de los esfuerzos humanos para lograr un mismo fin. Sea cualquiera el objeto que el hombre se proponga; ya sea modificar la materia para apropiarla a sus múltiples necesidades, ya sea levantar los obstáculos que ponen a su progreso la ignorancia, la maldad y el vicio; ya que quiera hacer triunfar sus mas groseros instintos ó las mas elevadas aspiraciones de su alma, la asociación es la palanca poderosa que la Providencia ha puesto en sus manos. Para el bien como para el mal, para el triunfo de la virtud como para el triunfo del vicio, la asociación es indispensable. Las asociaciones que se proponen un fin político se llaman partidos.

La existencia de los partidos es un hecho natural, inevitable, fatal. Sin ellos las grandes ideas que han conmovido y transformado al mundo hubieran muerto estériles con la mente que las concibió. Los partidos son la tierra donde las ideas se hacen fecundas. Mientras que los hombres sean imperfectos, la existencia de los partidos es indispensable; porque mientras sea diversa la manera como tengan de apreciar los hechos, diversos han de ser sus móviles. Negar la existencia de los partidos, ó querer su estincion, es, pues, a nuestro modo de ver, una utopia.

II

Todo partido se mueve al impulso de tres fuerzas diferentes.

1º La idea que les sirve de bandera; 2º El espíritu de cuerpo; 3º El interés personal.

No hay un solo partido que no enarbole algun principio al rededor del cual se agrupa. Si se recorren los anales de todos los paises se reconocerá que es en nombre de alguna idea ó de un principio que los partidos han desgarrado el seno de su patria. Y si nos limitamos a nuestra propia historia, encontraremos que los partidos han pretendido siempre luchar por el triunfo de algun principio de todos reconocido. Juan Manuel Rosas se proclamaba *restaurador de las leyes*; y no ha faltado incauto a quien hemos oido disculpar la tiranía de Rosas *porque habia hecho respetar a su pais del extranjero*.

Lopez, en el Paraguay, pretendia defender *la integridad nacional*; y a la sombra de esa bandera, guiado de sus instintos feroces, producía en su pais el esterminio, la desolacion y la ruina.

D. Venancio Flores, impulsado por una ambicion desenfrenada, se lanza al Estado Oriental cuando la paz empezaba á esparcir en el pais y en la fisonomia de los partidos sus benéficos frutos, y enarbolando una bandera de redencion y prestigiosa, llamaba á su ejército *la cruzada libertadora*. Sabe Dios la libertad que nos trajo, y mas aun, la libertad que nos preparaba.

Un caudillo oscuro, sin prestigio, sin nombre, desconceptuado entre sus mismos correligionarios politicos, aconsejado, tal vez, por ambiciosos depravados y tan desprestigiados como él, se lanza otra vez al Estado Oriental con la tea de la guerra civil en la mano, y produce un incendio que dura todavia. Y es que pretende defender para su partido y para el pais entero *la efectividad de las libertades públicas*.

Lopez Jordan, lucha y destruye su pais, en nombre de *la autonomia provincial*. Los sicarios de Oribe, en el Cerrito, escribian en sus diarios: *defensores de las leyes*. El partido colorado que domina hoy el pais, se titula *el gran partido de la libertad*. ¿Hasta dónde cumplen esos partidos el programa que se deduce de sus banderas? Su historia os lo dirá.

Para poder, pues, juzgar de los partidos es preciso apreciar sus hechos, no sus promesas.

III

Toda asociacion humana, cualquiera que sea su naturaleza, encuentra su fuerza de duracion y de vida en este principio: el espíritu de cuerpo. El sofoca los gritos del interés personal. El aconseja el sacrificio para el bien comun. La abnegacion es su virtud. Sin él los partidos se disolverian, como sin la atraccion universal se disolverian los mundos en el espacio.

Régulo aconsejando á los romanos que no hagan la paz con los cartagineses, cuando sabe que le espera, á su vuelta, una horrible muerte; el diputado francés rogando á su amigo que lo asesine para cargar á los realistas con la culpa de ese crimen, son una prueba viva del grado de abnegacion y de sacrificio hasta donde puede llevarnos el espíritu de cuerpo. Cuando este sentimiento es inspirado por el bien de una nacion, se llama patriotismo. El teatro es mayor, pero el sentimiento idéntico.

Pero tambien si es capaz de inspirar al hombre las mas nobles acciones, es al mismo tiempo, con frecuencia, la fuente de deplorables extravios. Puede decirse que las guerras, las persecuciones, todos los crímenes políticos encuentran en él su origen.

El espíritu de cuerpo sofoca la voz de la conciencia. La justicia, única luz que debiera servirnos de guia en las transacciones de la vida, queda velada por los espesos celages con que el espíritu de cuerpo la rodea. El hace que observemos y notemos con la mas activa solicitud,

las faltas, los extravíos, los crímenes, positivos ó supuestos, de nuestros adversarios; que neguemos sus buenas acciones ó sus virtudes; que nos regocijemos con su ruina aunque en ella venga envuelta la desolación del país; que nos alegremos del mal que hacen, porque esa es un arma que nos ofrecen; que nos entristezcamos del bien que ejecutan, porque él les hará ganar prosélitos.

Las mismas faltas, iguales extravíos, idénticos crímenes cometidos por nuestros correligionarios políticos, nos encuentran fríos é impasibles. La indignación que nos causó la falta de nuestro enemigo, permanece muda ante el crimen de nuestro partidario. Y, cuando más, si en el fondo de la conciencia experimentamos ese sentimiento de repulsión, que tiene por él mal al hombre cuyo alma no ha sido todavía corrompida, nos esforzamos porque no aparezca á la superficie, « para que nuestro disgusto no reorganice á nuestros enemigos. »

El espíritu de partido enciende en el alma ese fuego impuro y devastador, el fanatismo político. Para el triunfo de nuestro partido todos los medios son buenos. Todo es disculpable cuando ha sido hecho en bien de la causa común. Los crímenes más horribles encuentran su justificación. Los prevaricadores, los ladrones, los asesinos encuentran un lugar entre nosotros, siempre que su presencia pueda aumentar la fuerza de nuestro partido. Vencemos toda repugnancia y estrechamos la mano de la depravación y el vicio, si ella puede ser útil á nuestra causa. ¡ Nuestra causa! ¿ Y en qué se convierte cuando los partidos llegan á ese grado de extravío? La idea que le servía de bandera, al rededor de la cual se agruparon aspiraciones, tal vez extraviadas, pero sinceras y generosas, desaparece de las conciencias. La duda se convierte en un combate sin tregua. El partido se lanza como un caballo desbocado, sin rienda ni gobierno, destrozando sus flancos en su impetuosa carrera.

Entonces, como en las cuestiones religiosas, las cuestiones políticas se convierten en artículos de fe. Toda discusión razonada se cierra, para dar lugar á la declamación y la diatriba. Al que pide justicia para su enemigo le llaman traidor. Al que vitupera los desvarios de su partido le llaman apóstata. Como en la religión se educa á los hombres desde temprano en el amor á Dios, en los partidos se fomenta en el corazón del niño el odio á los contrarios. Odian sin saber por qué. Lo que debe ser el fruto de la meditación y del estudio, se convierte en el dominio de un sentimiento ciego y absoluto. Y así de una generación en otra, el partido que pudo al principio ser una asociación de iluminados y de entusiastas, se convierte en una secta de fanáticos.

¿Cuál es la suerte de los partidos cuando han llegado á este estado?

Será lo que examinaremos mas adelante, despues que hayamos observado lo que sucede con el tercer móvil de los partidos; el interés personal.

IV

Ningun sentimiento es malo por sí mismo, lo que es malo es el uso que hacemos de él. Todas las pasiones humanas nacen de una misma fuente pura y cristalina, y si sus aguas se enturbian en el curso de la vida, es porque dirigimos su corriente por un suelo impuro y cenagoso. El entusiasmo es el mismo, ya que nos sea inspirado por todo lo que es bello, bueno grande, generoso, ó ya que sean los arrebatos de un fanatismo impuro. El ódio dirigido contra el vicio, la maldad y el crimen, es un ódio, santo que debemos fomentar en todos los corazones. El hombre cuyo corazon no se estremece de cólera al relato de una injusticia, es un hombre depravado, sin fé y sin conciencia. La virtud no consiste en sofocar las pasiones. La virtud consiste en dominarlas y dirigirlas. La pasion es el móvil de todas nuestras acciones, tanto para el bien como para el mal. El hombre sin pasiones es como la planta estéril. Se cubrirá de verdes hojas y de lozanas flores. Cuando llegue el invierno hojas y flores rodarán marchitas por el suelo, juguete de los vientos. No dejará una fruta que puede, tal vez, encerrar un veneno activo. Pero no dejará tampoco el gérmen de una nueva existencia, ni el fruto que dé á los seres animados el alimento y la vida.

El avaro que sacrifica toda su existencia al estúpido placer de contar y contemplar los montones de oro reluciente, y el hombre económico que trabaja y se priva para dar á su familia, en el porvenir, una existencia cómoda y segura, son llevados por el mismo móvil: el deseo de adquirir. El orgullo y la dignidad, la vanidad y el deseo de inspirar la estimacion de nuestros semejantes, son pasiones que se confunden. El orgullo en uno puede ser dignidad en otro; la vanidad en aquel puede ser en este el sentimiento de su propio mérito.

El interés personal, ese sentimiento que se mezcla en todos nuestros pensamientos y en todas nuestras acciones; que los unos alaban y que los otros vituperan; á quien atribuyen estos la causa de todos nuestros males y aquellos la causa de todos nuestros bienes; que los mas quisieran sofocar en el corazon de los hombres y los otros fomentar y dirigirlo hácia el bien y hácia el progreso; el interés personal, como en todos los actos de la vida, hace sentir en la organizacion de los partidos su poderosa influencia.

« He observado, dice Benjamin Franklin, que mientras un partido sigue un plan general, cada individuo tiene por objeto particular su interés privado.

« Luego que un partido ha alcanzado su objeto general, cada uno de sus miembros piensa en su propio interés, el cual, encontrándose con otros intereses privados, rompe el partido y lo subdivide en otros nuevos.

« Muy pocas son las personas que en los negocios públicos tienen por único objeto el bien de su país, por mas que hagan alarde de generosos sentimientos; y muchos hombres cuyas acciones produjeron efectivamente un bien real á su país, no se determinaron originariamente á practicarlas, sino porque vieron que la suerte de su interés particular pendía del triunfo del bien general; lo que demuestra que no obraron por un principio de buena voluntad.

« Tambien hay un corto número de hombres que en los negocios públicos obran sin otro fin que el bien de la humanidad. »....

El interés particular, pues, es el elemento disolvente de los partidos. Mientras que el espíritu de cuerpo le dá mayor fuerza y conecion, y atrae á todos sus elementos hácia un centro comun, el interés particular tiene una tendencia asencialmente contraria. El espíritu de cuerpo es la fuerza centripeta de los partidos. El interés personal es la fuerza centrifuga.

Nosotros queremos probar que cuando los partidos llegan á cierto grado de extravio; cuando el espíritu de cuerpo ha sofocado y muerto en las conciencias toda nocion del bien; cuando las ideas que dieron vida y tipo á los partidos desaparecen radicalmente de sus banderas; cuando no se prosigue sino el bien del partido, sin cuidarse de los preceptos de derecho y de justicia; cuando los elementos depravados que entran en la composicion de todos los partidos, adquieren la preponderancia en la *opinion* de los partidarios; cuando los hombres de bien y principios se encuentran segregados voluntaria ó *involuntariamente* de sus filas, la última hora de esos partidos ha sonado, y mas tarde ó mas temprano sus elementos dispersos irán á formar nuevas aglomeraciones, siguiendo la ley de sus afinidades respectivas.

No está en la mano del hombre impedir la formacion de los partidos. No está en la mano del hombre tampoco contener su disolucion. Ambos son fenómenos que obedecen á una ley necesaria, inevitable. Todo partido responde en la época de su formacion á las aspiraciones del centro en donde se forma. Su carácter típico no se lo imprime la voluntad de un hombre ni de un escritor; él es la espresion de los sentimientos y las ideas de la época, es la manifestacion colectiva de las creencias ó las preocupaciones de los diferentes elementos que lo componen. Cuando ese partido ha concluido su mision, haya ó no cumplido sus propósitos, su muerte está decretada, y otros partidos surgidos de

la eterna fuente, que todo lo lava y purifica, el elemento popular, vienen á ocupar su puesto en la esfera política, con nuevos elementos de vigor y de vida.

V

Si analizamos la estructura íntima de los partidos, si observamos los diversos períodos que recorren desde su nacimiento hasta su mayor grado de desarrollo, desde su estado embrionario hasta que adquiere la forma definida de una asociación política, veremos que se componen de muy diversos elementos que por grados y sucesivamente, siguiendo una ley invariable y necesaria, se vienen aglomerando en torno de los primeros elementos que le sirvieron de núcleo.

Todos los partidos han empezado por una minoría. La comunidad de las ideas, la igualdad de las aspiraciones, han sido el germen de vida que les dá la existencia. Esas ideas y esas aspiraciones habrán permanecido algun tiempo mas ó menos largo, en estado latente en la sociedad; pero infiltrándose lenta y misteriosamente en todos los corazones habrán ido preparando el terreno que preste abrigo y alimento á la nueva semilla. En todos los partidos hay hombres de bien y de sanas intenciones y si el partido al desarrollarse toma una dirección opuesta á la que esos hombres deseaban imprimirle será debido esencialmente á la naturaleza del medio social en que se desarrolla. Hemos dicho en otra ocasión: Washington, en Asia hubiera sido un Tamerlan; Tamerlan en Estados-Unidos hubiera sido tal vez, un Washington. El centro social hace á los hombres y el centro social hace á los partidos que de hombres se forman.

Tras de los hombres que prosiguen la realización de una idea, otros elementos menos puros aunque de reconocida utilidad van ocupando su puesto respectivo. Los hombres de espíritu inquieto, los que sin una fórmula definida de progreso, aspiran al cambio porque en el cambio creen encontrar el remedio á los males del presentes con muchas veces un elemento poderoso é inconciente de las revoluciones sociales. Los hábiles, los ambiciosos, los que no encuentran en el orden actual de cosas el medio de elevarse, aspiración constante de su alma, buscan en nuevas combinaciones el puesto que con frecuencia, su talento y sus méritos merecen. Esos mientras trabajan por el bien del partido no pierden nunca de vista su interés particular y la dirección que entonces le impriman dependerá, en gran parte, de las aspiraciones que su interés privado les surgiera. Ellos son el nervio y el azote de los partidos. De ellos salen los Pacheco y Obes y los Oribes, los Lavalles y los Rosas.

En el fondo del cuadro que presenta toda combinación política, hay una masa confusa, indeterminada, inerte; sin inspiración propia, sin

mas vida intelectual que el movimiento galvánico que sus gefes le imprimen; hacia el bien, como hacia el mal, se lanza con la misma impetuosidad y el mismo entusiasmo, unas veces ráfaga devastadora que todo azota y destruye a su paso, otras sólida muralla que contiene los impetuosos embates de la mar. Elemento que se encuentra en mas ó menos proporciones en los diferentes países, y en los diversos partidos de un mismo país. Él concluye por dar su forma y su tipo á los partidos que se envejecen. Su móvil son sus pasiones, su nombre la ignorancia.

Entre todos estos elementos se vienen infiltrando, con el trascurso del tiempo, con las luchas y las guerras, los rencores y los odios, depósitos impuros que esterilizan y petrifican á los partidos. Átomos imperceptibles al principio, perdidos en el fondo social y que la agitacion constante de los partidos va gradualmente haciendo subir á la superficie: Cuando se han contaminado con su contacto impuro todos los elementos que componen un partido, su regeneracion es imposible. Los partidos viejos tienen entonces que desaparecer y dejar su puesto á nuevas combinaciones, á nuevos elementos que respondan á las aspiraciones del presente.

Tal es la ley de la naturaleza. Tal es el cuadro que la historia de todos los tiempos despliega á nuestra vista. Todo lo que es humano tiene que seguir la ley fatal de su destino: nacer y morir. Y en la lucha incesante, en la continua sucesion de partidos que mueren y de partidos que nacen; entre el clamoreo de los que se aferran al presente y los que fijan su vista en el porvenir; surgirá algun dia, con el trascurso del tiempo, el árbol fecundo de luz y de verdad, que esparciendo sus ramas vigorosas en todas direcciones, cubrirá el mundo con su sombra.

E. R.

La idea radical y la idea revolucionaria.

I.

Por distintos conductos, hemos recibido el último número de *La Revolución*, y encontramos en él un artículo que el señor don Agustín de Vedia consagra al folheto sobre la guerra civil y los partidos de la República Oriental del Uruguay.

Sin preocuparnos de lo que pueda esto importar, á juicio de los partidistas ó de los jéndarmes, vamos á entrar en un debate serio y templado con nuestro inteligente compatriota.

El señor de Vedia, á juzgar por la numeracion que dá á su artículo, parece abrigar el intento de continuar el paralelo entre sus opiniones y las nuestras, de manera que lo mas prudente seria esperar la conclusion del pensamiento para poder apreciar con ventaja su conjunto; pero la

política tiene exigencias superiores á las flemáticas reglas del debate filosófico.

Deberes de conciencia é intereses de propaganda nos aconsejan seguir al señor de Vedia á medida que avance en la esposicion de sus ideas.

Pasarémos por alto, como si no la viesemos, esa *sonrisa de compasion*, mal entendida por cierto, que se dibuja en los lábios del señor de Vedia cuando nos presentamos sacrificando nuestras íntimas opiniones á lo que suponemos un compromiso de honor: dejaremos al señor de Vedia con la gratisima ilusion de que jamas ha hecho un solo sacrificio de conciencia, ni aun en las honestas aras de la delicadeza personal, y nos contraerémos á examinar su escrito, llenos de agradecimiento por los benévulos conceptos que ha querido consagrarnos.

El señor de Vedia declara que en muchos de los párrafos de nuestro folleto ha visto reproducirse sus mismas ideas y traducirse sus mismas impresiones, al recorrer el vasto desierto librado al encarnizamiento de la guerra.

Como nosotros, descarga sus maldiciones sobre el espíritu funesto que enciende la guerra civil en nuestro país, y mina, destruye y devora, todos nuestros elementos de vida y porvenir.

Como nosotros, condena las sangrientas tradiciones de los partidos y confunde en una misma é inflexible condenacion todos los excesos y las crueldades de la guerra civil, cualquiera que sea la divisa que los haya cobijado.

Hechas estas declaraciones terminantes, el señor de Vedia, habla de que no ha creído sin embargo, deber buscar la salvacion en ilusiones quiméricas, en creaciones fantásticas de una imaginacion soñadora; espone sus ideas sobre esa metafísica alemana que ha llegado á formarse con motivo de la palabra *fusion*, y concluye por decir que así ha encarado siempre su propaganda política y que así lo ha manifestado desde sus primeros artículos sobre la revolucion oriental.

Esquivaremos la cuestion sobre las *ilusiones quiméricas*, las *creaciones fantásticas de las imaginaciones soñadoras*, porque no son dignas de la ilustracion y del talento que reconocemos al señor de Vedia, esas frases gastadas con que la rutina pretende siempre, y pretende en vano, ahogar el entusiasta esfuerzo de los innovadores.

Tampoco entraremos al análisis lógico y etimológico de la palabra *fusion*; al fastidioso distingo, sobre sus condiciones y su alcance; profesamos un desprecio soberano á la tirania de las palabras, y nos importa un bledo que nos llamen, *fusionistas*, *pasteleros* ó *apóstatas*.

Somos radicales, y nos basta la conciencia de que lo somos en verdad.

Así pues, solo será objeto de nuestras observaciones, el tercero de los puntos que dejamos reasumidos; abreviando tiempo, nosotros no admitimos que el señor de Vedia haya sido siempre el apóstol de las ideas que hoy proclama, ni que estas ideas esten encarnadas, como lo dá á entender, en las aspiraciones de la *revolucion oriental*.

Como todos nosotros,—ay!—como todos nosotros el señor de Vedia fué ungido con el óleo de partido y se prosternó tambien ante los ídolos falsos del pasado.

No traigamos á una discusion de buena fé mistificaciones de aparato y sin sentido.

El señor de Vedia ha sido periodista del *partido nacional*, como nosotros lo hemos sido del *partido liberal*.

¿Hay alguien que se engañe acerca de esas denominaciones farsaicas?

Partido nacional: partido blanco:

Partido liberal: partido colorado:

No se necesita estar muy imbuido en el álgebra de la política oriental, para saber esas ecuaciones de memoria.

Y ya que hemos dicho *denominaciones farsaicas*, debemos explicar nuestro pensamiento.

Para nosotros, tanto un partido como el otro, son *partidos nacionales*; y son *partidos liberales*.

Ambos quieren la independencia, aunque ambos la hayan menoscabado y ultrajado con la alternativa aceptacion de las intervenciones extranjeras.

Ambos quieren la libertad, aunque ambos la hayan destruido y deshonrado alternativamente, no alcanzando á comprenderla ó á gozarla, sino con la subyugacion de un partido por el otro.

Ambos quieren la independencia y la libertad, aunque con sus pasiones, sus rósabios y sus elementos exclusivos. ya no pueden garantir la independencia ni fundar la libertad.

Hágase lo que se haga, y dígase lo que se diga, mientras los partidos conserven su organizacion actual, el partido blanco será el partido de Oribe y de Pereira, como el partido colorado será el partido de Rivera y de Flores.

El señor de Vedia ha sostenido algunas veces que sobre las ruinas de Paysandú se mecía la cuna heroica de un partido nuevo; profesamos gran respeto á la defensa de Paysandú, y no de ahora sino de siempre, ha de saberlo el señor de Vedia; partidario todavia, asistiamos á los funerales de Leandro Gomez, bajo el imperio de la intolerante Dictadura; pero estamos profundamente convencidos de que ningun episodio de

nuestras guerras civiles puede dar programa de administracion, de gobierno y de progreso á un partido de principios y de orden.

La defensa de Paysandú, la defensa de Montevideo, son tradiciones sublimes que santificará la historia y que debemos venerar eternamente, como hechos extraordinarios y aislados donde se revela el heroismo y la grandeza de las generaciones orientales, en medio del abatimiento y extravio que las pierden; consolador indicio de lo que serán capaces cuando se regeneren en la fuente de la libertad y de la paz.

Elevada á programa de partido, la tradicion de Montevideo ó la tradicion de Paysandú, solo significa la amenaza de los atentados y violencias que fueron virtudes sublimes en la desesperacion de una gran lucha, y la perpetuacion de formidables pasiones que solo pueden justificarse y ser benéficas en circunstancias perfectamente análogas á las circunstancias bajo cuyo imperio germinaron.

Para que la defensa de Montevideo, sirviese de fuente de vida á un verdadero partido, seria necesario que Rosas, ó algo parecido á Rosas, existiese en el Rio de la Plata; y no existe ni volverá á existir, debemos suponerlo por decoro.

Para que la defensa de Paysandú, á su vez sirviese de fuente de vida á un verdadero partido, seria necesario que estuviésemos en permanente guerra con el Imperio del Brasil; y no lo estamos, ni desea estarlo nadie, cuando la misma reaccion del partido blanco ha incluido en su programa la *perfecta paz con los vecinos*.

Montevideo y Paysandú, no son tradiciones *políticas*, son tradiciones *guerreras*, como pueden serlo para Francia las de Rolando y Juana de Arco, ó para Inglaterra la de Arturo, ó la de Pelayo para España.

Y completaremos nuestra pensamiento con franqueza: Montevideo y Paysandú no son tradiciones *de partido*, sino tradiciones del *pais*, tradiciones eminentemente *nacionales*.

Cuando se levante un Rosas ó cuando el extranjero invada, Montevideo y Paysandú estarán en el corazon de los adalides de la patria, colorados ó blancos poca importa..... unidas como dos hermanas por un vínculo comun de gloria y de grandeza y de heroismo.

Esto, que comprendemos ahora es lo que no nos dejaron comprender las ilusiones de partido, y lo que no ha comprendido el señor de Vedia bajo la influencia engañadora de ilusiones semejantes á las nuestras.

No! señor de Vedia, no!

Solo hay en esta tierra un hombre que haya proclamado nuestra idea y que á esta idea haya ajustado su conducta con la severidad poderosa de un estóico, rompiendo la divisa del pasado, sin alucinarse jamas con la esperanza de regenerar á los antiguos partidos, ni estraviarse con

el momentáneo espectáculo de la bandera que ocasionalmente hiciese flamear alguno de ellos.

Ese hombre es el Dr. Perez Gomar; y entre las ideas del Dr. Perez Gomar y las del señor de Vedia hubo siempre un abismo, que no pudo salvar ni la amistad mas íntima.

El señor de Vedia ha sido partidario, partidario elevado, idealista, soñador, lo reconocemos con gusto; pero partidario al fin.

Y no es aquí una cuestión personal lo que venimos estudiando, sino el fondo mismo de la diverjencia en que pueden encontrarse nuestras opiniones respectivas.

El señor de Vedia, mostrando que nuestras ideas, han sido siempre las suyas, las que predicó en la prensa y las que formuló en los programas de la *revolucion*, tiende insensiblemente á demostrar que la idea *radical* se confunde en la idea *revolucionaria*, y que abandonando el campamento de Suarez nos introducimos en el campamento de Aparicio.

Para nosotros, lo que menos significa en un movimiento armado, es la proclama impresa, el documento de parada, el manifiesto que se hace firmar á los caudillos.

Producido un movimiento, no está en la mano de ningun publicista y de ningun político darle un giro extraño á las causas que lo precipitaron y á los elementos que deben segundarlo.

La invasion de Aparicio y de Benites, fué en su cuna y lo ha sido en su desarrollo, y lo será en todos sus periodos, un movimiento de partido, un movimiento blanco, esencialmente blanco.

El eterno drama de nuestra dolorosa historia!

El partido vencido, proscripto y perseguido que ya no puede soportar ni el yugo de la derrota ni la nostalgia del destierro; y acepta con entusiasmo el tutelaje del primero que levanta con robusto brazo la bandera de la revindicacion y de la lucha.

Los proscriptos y perseguidos de hoy contra los proscriptos y perseguidos de ayer!

Los proscriptores y perseguidores de mañana, contra los proscriptores y perseguidores de hoy!

No tuvo ni tiene otro sentido la invasion de Aparicio y de Benites, sea cual sea el concurso que les haya prestado su partido, y precisamente por que ha sido concurso de partido el que les ha prestado.

Mire á su alrededor el señor de Vedia, con despreocupacion y con calma; y verá en sus filas lo que vimos nosotros en las nuestras—el pasado, el partido, el bando.

Pregunte á las masas que acaudilla su valiente general, como se llaman los adversarios en la lucha, y no le dirán que defensores de Batlle

ó secuaces de la tiranía, ó apóstoles de la corrupcion, como el señor de Vedia tal vez diga.

Le dirán removiendo todas las pasiones y todas las preocupaciones del pasado, le dirán que se llaman los SALVAJES.

Volvemos á la *guerra grande*, retrocedemos treinta años!

¿Si habrá resucitado Oribe? ¿Si habrá resucitado Rivera? Donde está Melchor Pacheco?

Ahi tiene el señor de Vedia á los partidos, rëproduciendo su perenne historia y embriagándose en la copa de los sangrientos recuerdos.

El imperio de la leyenda sobre el sentido comun.

Esto es lo que la idea radical, viene á combatir con enerjia, empezando por negar que el partido blanco sea *revolucion* y que el partido colorado sea *autoridad*, para afirmar en seguida que son *guerra civil* los dos.

La idea radical no quiere el triunfo esclusivo del partido blanco, porque seria la subyugacion violenta y depresiva del partido colorado, ni quiere el triunfo esclusivo del partido colorado, porque seria la subyugacion violenta y depresiva del partido blanco.

No quiere el triunfo esclusivo de ninguno de los dos partidos, porque ese triunfo encerraria la anarquia intestina del vencedor, la amenaza eterna del vencido y el perpétuo mal estar del pais.

La idea radical quiere que los dos partidos se sometan á un principio superior, el principio de la soberania del pueblo, y olviden sus querellas históricas en las cuestiones palpitantes de la convencion constituyente, que debe enterrar todos los errores del pasado junto con su simbolo decrepito.

Entonces, pues, la idea radical no es la idea *revolucionaria* que quiere la reaccion violenta de un partido y el encumbramiento airado de sus gefes, como no es tampoco la idea *autoritaria* que quiere la funesta continuacion de Batlle y la prorogacion monstruosa de sus Cámaras.

La idea radical es una gran bandera de paz y de fraternidad, á cuya sombra puede agruparse en tiempo mas ó menos próximo un verdadero partido de principios, de órden y progreso, que afiance el porvenir de la patria sobre estos dos pilares magestuosos: *indipendencia y libertad*.

Respetamos la posicion en que se encuentra el señor de Vedia, y no le haremos nunca un cargo porque mantenga *condicionalmente* la divisa que lo llevó al combate; no hacemos ese cargo á ninguno de los partidarios comprometidos activamente en la contienda; pero sí, deseamos que no se engañe á la opinion ni se mistifique al pueblo, confundiendo lo que la realidad y la verdad han separado.

Dejemos á la idea radical en toda su pureza, que *por ahora* ella solo

pide á los viejos partidarios un voto íntimo, un pensamiento amigo, una simpatía benévola en el fondo de su corazón purificado.

II.

Escritas las páginas anteriores, el mismo señor de Vedia, nos remite desde Cerro-Largo, *La Revolución* del 27 del pasado, en cuyas columnas viene la segunda parte del artículo consagrado al folleto sobre *la guerra civil y los partidos*.

No nos equivocábamos al descubrir la tendencia oculta en las palabras de la *Revolucion*; pronto se ha descorrido el velo, dejando al partidario de relieve, con todas sus ilusiones inocentes y con todos sus injenuo fanatismo.

Eso es lo que constituye al partidario entre nosotros; vamos á explicárselo al señor de Vedia, porque tenemos motivo para conocer estas cosas muy á fondo.

Por una parte, la mas sincera de las alucinaciones al encarnar en los amigos todos las ideas y las glorias y las grandezas que se ha pensado en un momento de inspiracion patriótica ó que se ha soñado en una noche de fantástico lirismo; y por la otra una inflexibilidad nerviosa para enrostrar y exagerar y condenar las faltas que ha cometido el enemigo.

Para los errores propios, siempre algun pretesto, una justificacion, una disculpa.

Para los errores ajenos, nunca una atenuacion ni un sentimiento de benevolencia.

El partidario, (sobreentendido que el partidario de nuestras luchas civiles) es igual á los demas hombres de la tierra, con esta sola diferencia, que ha perdido lo que los filósofos llaman el sentido moral ó lo que el mundo llama la conciencia, para poder conocerse y juzgarse á si mismos, como conoce y juzga á los demas.

Nosotros hemos oido muchas veces contar á los partidarios, llenos de indignacion y santa cólera, los crímenes que perpetra el enemigo, y cambiar de tono al punto para narrar con la mayor impasibilidad del mundo los crímenes que perpetraron sus amigos.

Si el señor de Vedia es franco, ha de confesar que lo mismo ha oido él entre sus filas; y si reflexiona con imparcialidad unos instantes, ha de reconocer que ahora mismo está incurriendo en una aberracion muy semejante.

El señor de Vedia nos dice en la segunda parte de su artículo que en el elemento á que se ha plegado, no ha visto, no ha querido ver á los antiguos partidarios con sus divisas sangrientas y sus pasiones tumultuosas.

Tu lo has dicho! como esclamaría el Nazareno; el señor de Vedia no ha

visto, *no ha querido ver á los antiguos partidarios con sus divisas sangrientas y sus pasiones tumultuosas; no ha visto, no ha querido ver lo que todos hemos visto sin quererlo.*

Para el señor de Vedia, *la revolucion es la protesta armada contra la intervencion estrangera y contra el caudillaje; el pueblo oriental que se levanta con la energia de sus derechos, con la conciencia de sus deberes.*

He ahí como la pasion de partido, en opuestas filas, conduce al mismo error y engendra iguales sofismas.

El general Mitre dá á la *autoridad* de Batlle la misma bandera que el señor de Vedia dá á la *revolucion* de Aparicio.

Y el general Mitre lo prueba, como lo prueba el señor de Vedia.

“¿Quiénes luchan contra el *gobierno constitucional* de Montevideo? Son los caudillos Aparicio, Benitez, Muñiz, etc.”

“¿Quiénes luchan contra el *pueblo que se levanta*? Los caudillos Suarez, Borges, Caraballo, etc.”

Si en vez de mirar exclusivamente *para afuera*, el general Mitre y el señor de Vedia mirasen un poco *para adentro*, ambos verian que ni hay tal *gobierno constitucional*, ni hay tal *pueblo levantado*, y que el caudillaje se encuentra en los dos partidos como consecuencia ineludible de la lucha.

No salgamos, por Dios de la realidad, de la verdad, y de la buena fé.

El caudillaje no es todavia cuestion que se ventile seriamente en nuestro pais, y por nuestra parte declaramos que no hay ni odio ni zaña ni espíritu de hostilidad contra el caudillo.

A nuestro juicio, el caudillaje, como el mal gobierno, no es causa sino efecto; es *accidente* y no *sustancia*.

Suprimamos los partidos actuales y suprimamos la eterna guerra civil en que vivimos; ó lo que es lo mismo, formemos un gran partido de paz entre esos dos partidos de guerra, y entonces los caudillos, blancos ó colorados, serán como sus demas paisanos, hombres garantidos por la ley, respetados por las autoridades, y libres de ejercer su influencia en todas las manifestaciones de la vida democrática.

Y lo que decimos del *caudillaje*, lo decimos de la *intervencion estrangera*.

¿Quién puede arrojar la primer piedra?

En nuestro artículo anterior, ya hicimos justicia á la tradicion de Paysandú, como no dejamos de hacerla á la tradicion de Montevideo, pero demostramos tambien la ineficacia de toda *tradicion guerrera* para convertirse en *tradicion política*.

Piense el señor de Vedia que el partido vencido por el estrangero en Paysandú, es el partido que venció en Quinteros por el *concurso moral*

y *material* del extranjero, según la paladina confesión de los documentos oficiales de la época; es el partido que aclamaba á las hordas del tirano Lopez para rescatar el poderío arrebatado por los batallones del Emperador Pedro II.

Solo evocamos estos recuerdos como una dolorosa necesidad del debate, y no para exitar sino para calmar pasiones, mostrando á todos que los unos y los otros, han sido alternativamente defensores de la dignidad nacional y del territorio patrio.

El caudillaje y la intervencion estrangera!

Es cierto, si! acabaron de perder al partido colorado, como perdieron al partido blanco.

Todos hemos sido *caudillaje*; todos hemos sido *intervencion estrangera*.

Ahora mismo, Suarez de una parte y Aparicio de la otra.

El *general Cipriano* con los unos y el *general Fidelis* con los otros.

¿A quien culpar por estos hechos?

Nosotros arrojamus una responsabilidad colectiva sobre nuestros partidos alternativamente proscriptores, que dejan al partido proscripto la necesidad desesperante de aceptar cualquier recurso para manejar á su vez las tablas de proscripcion en una perpetua cadena de reacciones y represalias enconadas.

Tendemos la mano al señor de Vedía para que suba á esta eminencia de la idea radical, donde todos los errores y los crímenes del pasado pueden sufrir, no la espacion estéril del cadalso, sino la reparacion dignificadora del arrepentimiento universal; y donde el partido del porvenir puede formarse con toda la severidad del ideal, templada por el sentimiento de la paternidad cristiana.

Entonces, el señor de Vedía no padecería las mistificaciones que produce el imperio de la leyenda sobre el sentido comun, ni nos acusaría de *tratar de suprimir los elementos personales* de los antiguos partidos.

No nos acusaría entonces de querer *formar con la juventud una asociacion aparte, como si tuviese intereses y aspiraciones distintas de la comunidad*.

A este respecto, era muy esplicito el folleto sobre *La guerra civil y los partidos*.

La juventud solo debe ser el *porta estandante* de la idea; *despues vendrán los gefes*; se dice en el folleto.

Esto no necesita esplicaciones, pero sí, las necesitan ciertos signos de precipitacion y de impaciencia que revelan los impugnadores y aun los partidarios de la idea radical.

¿Acaso cuando exortamos á la juventud para que se reuna al rededor

de nuestra bandera, es con el intento de que ya, inmediatamente ya, y de un modo material, grotescamente material, los unos abandonen el campo de Aparicio y los otros el de Suarez, formando un tercer ejército de paz entre los ejércitos armados?

Ahora solo queremos el sacrificio de la desercion para nosotros mismos; solo pedimos á los otros el sacrificio de que nos atiendan y nos oigan.

Y puesto que se nos lleva á ese terreno, vamos á presentar todo nuestro pensamiento con la brevedad que exigen las proporciones de un artículo, ya escesivamente largo.

Nosotros creemos que el cansancio de la lucha, la imposibilidad de sostenerla por medios honorables, y sobre todo la interposicion de los intereses neutrales, van á traer tarde ó temprano una solucion pacifica, un arreglo entre los beligerantes.

Sentada esta premisa, la idea radical tiene dos fines:

Primero—apresurar la hora y facilitar los medios de esa solucion pacifica, quitando á cada partido la conciencia de un derecho que ninguno de ellos tiene y la inflexibilidad de un anatema que recae sobre los dos.

Segundo—fijar de antemano un centro á cuyo alrededor se agrupen todos los que desean sinceramente la abjuracion del pasado y la regeneracion de la patria, para que una vez realizada la solucion pacifica, no volvamos todos á la monstruosa rutina de los antiguos bandos.

Y revelados así nuestros propósitos, repetimos al señor de Vedia lo que le deciamos antes de conocer su nuevo escrito: Déjese á la idea radical con toda su pureza, que *por ahora* ella sola pide á los viejos partidarios, un voto íntimo, un pensamiento amigo, una simpatia benévola en el fondo de su corazón purificado!

Cárlos Maria Ramirez.

LA NUBE ROJA.

I

Cain marchaba solitario en medio del desierto, abismado en las meditaciones de un dolor supremo.

Sobre su hermoso rostro se derramaba la palidez del remordimiento, y se pintaba en sus ojos el estupor de una emocion profunda.

Empujado por una fuerza secreta, marchaba adelante siempre, apoyado en el báculo de la peregrinacion, hambriento el cuerpo de descanso, pero inquieta el alma y deseosa de proseguir hasta el fin aquella ruta desconocida.

Sus cabellos naturalmente rizados y excesivamente largos, flotaban al acaso, sobre su frente y espaldas, semejando el desorden de sus pensamientos.

Cada vez que su planta pisaba la tierra, le parecía asentarla sobre el hueco de una tumba.

Era la estatua de la desesperacion y de la muerte, buscando las fantásticas soledades del desierto, para mostrarse aterradora y aterrada.

Un sollozo de amarga desesperacion salió de su pecho, y apoyando el cuerpo en el báculo, detuvo su marcha.

Pasó su mano helada por la frente, y cansado de aquella lucha que le atormentaba sin cesar, elevó sus ojos al cielo, como último refugio de los que nada esperan en la tierra.

Pero apenas su vista se fijó en el firmamento, vió una nube roja sobre su cabeza, y oyó una voz que le decía: Cain! Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?

II

La leyenda del primer fratricida, se reproduce entre nosotros.

El hermano se arma para combatir al hermano; y las músicas y los festines y la alegría, festejan un triunfo que Cain no se atrevió á confesar á Dios, pero que nosotros solemnizamos con todo el cinismo de un odio criminal.

Las madres de los tiempos futuros, contarán á sus hijos, apretándolos contra su seno, que hubo una generacion de hombres de la misma raza y del mismo suelo, que se devoró en los campos de batalla, para ofrecer al culto de una nueva Bowanie inexorable, la sangre humeante de sus hermanos.

Hemos prevaricado horriblemente contra todos los preceptos de la ley de Dios, para satisfacer odiosidades injustas de que jamas debimos participar.

En nombre de bastardos intereses de bando, que nada significan, se ha pospuesto el interés supremo de la Patria, se ha humillado el estandarte inmaculado de la Nacion.

Ay! de nosotros, el dia que nuestros hijos nos pidan cuenta de nuestras obras!

¿Porqué llevamos el esterminio al hogar del anciano, que nada pide á la Patria, sinó un pedazo de tierra para albergar sus restos?

¿Porque robamos los hijos á la madre, y los arrastramos á los campamentos, para dejarla solitaria sin una mano querida que cierre sus ojos?

¿Porque quitamos el esposo á la muger, único amparo de los hijos pequeños, que rodarán mañana, huérfanos por el mundo sin hogar y sin pan?

Ay! de nosotros el día que nuestros hijos, nos pidan cuenta de nuestras obras!

Ay! de nosotros el día que la Pátria nos pida ciudadanos, y solo podamos responderla con el silencio de las tumbas!

III.

Los partidos! ¡Que horrible sarcasmo!

¿Existen entre nosotros partidos? ¿Existen acaso esas asociaciones políticas, con programas definidos, con aspiraciones lógicas, que buscan en la lucha legítima del sufragio, de la prensa, y de la tribuna, la solución de las cuestiones trascendentales que afectan los intereses del País?

No!

Entre nosotros, solo existen dos bandos armados, irreconciliables, impíos, cuyas exhibiciones teatrales en la escena política harían reír, si cada uno de sus sainetes no costara un mar de sangre.

Cómicos de la legua, que bailamos al rededor de un fogón, en el lúgubre banquete de los muertos.

IV

Levantad la frente, hombres de corazón y de buena voluntad, porque ha llegado la hora de condenar los desmanes. Una nueva generación, llena de fé, radiante de juventud y de esperanza, se acerca al templo de la libertad para recibir las insignias de la nueva peregrinación política, que ha de conducirnos á la tierra de promisión.

El deber del ciudadano, habla mas alto que los resentimientos del partidario.

Los esfuerzos del heroísmo, no se pierden en la noche de los tiempos.

Marchad, marchad, que la misión es santa y el tiempo urge. Tenemos que reconstruirlo todo, porque todo está trastornado.

Las bases de nuestra organización política están en ruina. El desenfreno de las pasiones ha producido la confusión, y el credo santo de la religión de la Patria ya no es otra cosa que un cúmulo de palabras, que todos interpretan á su modo.

Preguntad á los partidistas lo que piensan, y cuando hablan de libertad, vereis que no conciben su ejercicio sino en la explotación y en el subjugamiento de los unos por los otros.

Y cuando hablan de orden público, vereis que no conciben su reinado si no en la prepotencia y en el desenfreno á la fuerza.

Y cuando hablan de que la opinión debe ser la guía y el sosten de los gobiernos, vereis que no conciben su imperio sino bajo la opresión continua de las pasiones de partido y bajo la tiranía insolente de los antiguos ódios.

Abi los teneis en cuarenta años de lucha, con las mismas armas, con propósitos idénticos al primer día.

Preguntadles que bienes ha reportado el país sus desidencias y tendrán que callar confundidos.

Guerra, sangre, desórden. He ahí el fruto de esta lucha de cuarenta años, en que todo ha concluido por revestirse del mas marcado barbarismo.

V.

Donde quiera que volvais vuestros ojos, encontrais la generosidad del carácter, supeditada por la intensidad del odio.

Ya no hay orientales; solo hay blancos y colorados.

Ellos han visto entre sus filas tremolar la bandera del extranjero con una indiferencia vergonzosa.

Ellos han apelado al extranjero para darse un triunfo que el país ha rechazado siempre.

Ellos han mirado en el extranjero al aliado natural de sus ambiciones impuras.

Asi se ha despoblado nuestra campaña.

Asi millones de cabezas de ganado han pasado las fronteras de Entre Rios, Corrientes y Rio Grande, para aumentar la riqueza de nuestros vecinos, y sumir en la miseria á nuestros degraiciados estancieros.

Asi millares de familias se han trasportado á las provincias limitrofes tratando de salvar la única propiedad que les quedaba—la vida—despues de haber perdido una fortuna que les costara los desvelos de una existencia consagrada al trabajo.

Asi se han apoderado de nuestros mejores establecimientos de campo los hacendados brasileros en los Departamentos de Tacuarembó y Cerro Largo, donde el idioma nacional se ha perdido.

Asi los niños que nacen en nuestro suelo son trasportados á la frontera vecina, para recibir la unción del cristianismo en una tierra extranjera y ser ciudadanos extranjeros.

Yo preveo en el porvenir grandes disturbios y conmociones profundas. Vivimos como de prestado en un suelo que es nuestro, pero que todos nos disputan. Cada día surge una nueva reclamacion diplomática que exige del Estado millones de pesos, como si nuestras arcas fueran inagotables, y tuviéramos siempre que pagar, sin que jamás nadie nos pague.

Nuestras fronteras estan guarnecidas por tropas brasileras, que registran y desarman escrupulosamente á los que intentan trasponerlas, mientras que dejan libre paso á todo el que desea venir á este lado, provisto de todas las armas que necesite.

El ciudadano oriental, en cualquier país, es mas considerado, mas atendido que en el suyo propio.

Invocando títulos que no tienen, los cónsules extranjeros, de simples agentes comerciales, se han elevado á potencias diplomáticas, y no hay una sola cuestion política ó administrativa en que no pretendan tomar parte, hablando al gobierno con el tono y la suficiencia con que podría hacerlo el supremo poder de los pòderes, el Poder Legislativo.

¡Hasta qué punto nuestras disensiones eternas han deshonrado el país á los ojos de los estraños!

¿Y pensais que semejante situacion puede durar?

¿Pensais que esté resuelto el pueblo á soportar tanto vejámen, sin que estalle una vez por todas el patriotismo ofendido, y rompa, y despedace, y arroje á los cuatro vientos esa coyunda vil con que pretenden oprimirlo?

VI.

Hombres de la República, que conservais el corazon sano ¿permaneceréis indiferentes al movimiento de regeneracion que se desarrolla al rededor vuestro?

¿Dejareis á los buenos, abandonados á su propio esfuerzo, mientras la maldad y el egoismo triunfantes, tejan coronas para orlar la frente de esa Hydra maldita que se llama la anarquía?

Ah! cuarenta años de lucha, cuarenta años de desórden, cuarenta años de sangre, han levantado una barrera insalvable entre los esplotadores y los esplotados!

Basta ya! Este malestar terrible, no puede ser permanente. Nos amenaza la disolucion política, precedida de la disolucion social que se consuma. Todos los esfuerzos unidos, serán impotentes mas tarde para salvar una sociedad que se hunde.

Preparemosnos á levantar los altares de la libertad y de la justicia, derribados por el casco de los caballos del caudillaje.

Animemosnos en un esfuerzo comun, para rendir á la Pátria el único servicio que nos pide, la paz, el reposo, para restañar la sangre de sus heridas.

Aquellos que permanezcan por odiosidad ó por indiferencia en el error, serán marcados con el estigma de los réprobos.

Ay! de ellos, el día en que vuelvan los ojos al Cielo, como único refugio de los que nada esperan de la tierra; y vean en el firmamente una nube roja, y oigan una voz terrible que les dice: Cain! Cain, que has hecho de tu hermano?

Francisco Bausá.

El Club Radical y la fusion.

¡ Cuantas veces en el vertiginoso remolino de nuestra embrionaria democracia se siente desmayar el corazon, detener el alma sus aspiraciones á los nobles y elevados fines de felicidad comun !

¡ Cuantas veces nos hace el desencanto inclinar la frente pesarosa !

Dios ha querido, sin embargo, iluminar con la *razon* el cerebro de muchos; Dios ha puesto en el corazon americano la energia y la virilidad necesarias, en las luchas por la libertad.

De toda aquella y de todas estas se necesita, para descubrir el faro de la justicia, con el deshecho huracan de las pasiones en el mar de nuestra política.

De toda aquella y de todas estas se necesita para clasificar con despreocupacion, los hombres y las cosas que nos rodean y el último esfuerzo basta apenas, para diferenciar el hombre del mal que se cubre con el manto de la virtud, de los hombres que momentáneamente estraviados se disfrazan con los harapos del error.

Dejemos estas reflexiones que se escapan involuntariamente, al que sale de una larga meditacion y usando la vieja metáfora, metiamos resueltamente las manos en el barro, para formar con él los materiales que como contingente parcial llevamos á la grande obra de nuestra organizacion política y social.

Hace unos cuantos dias D. Carlos Maria Ramirez, simpático, honrado y distinguido jóven de nuestra sociedad, formuló en un folleto, con formas y conceptos mas ó menos controvertibles pero siempre de variada apreciacion un noble y elevado pensamiento, un credo político que si no sale recien á la arena del abierto debate, viene amazandose con el sudor y la sangre de tres jeneraciones desde las primeras convulsiones autonómicas de la América latina.

Dos faces bien tanjibles y determinadas tiene esta cuestion que es necesario discutir separadamente, sin mezclar sus premisas, ni sus consecuencias, con completa independencia una de otra.

La primera: la discusion filosófica del pensamiento y su aplicacion práctica á nuestro pais como medio conducente á un mejoramiento de organizacion social.

Y segunda: la oportunidad de ponerlo en práctica dado el hecho fatal, fatalisimo de la actual guerra civil.

Alternando los términos diremos: que no abordamos el segundo punto porque no es en ese terreno que la discusion se ha iniciado y porque además podriamos estar algo de acuerdo en esta faz de la cuestion con los que hacen oposicion al pensamiento.

Reservandonos pues abordar separadamente y con completa independencia su oportunidad, vamos á tratar de demostrar, sin salir de lo que hemos sentado como primer punto del debate, que se tergiversan y desfiguran las ideas y propósitos de los que sostienen la formacion del Club ó partido que se ha dado la denominacion de *radical*, porque á la verdad, no le corresponde, ni significa lo que debe, la que se le dió accidentalmente al principio, la de *partido nuevo*.

Dejando á otros mas inspirados la tarea de doctrinar, vamos á hacerlo solo en cuanto nos sirva á combatir los errores de que *El Siglo* se hace eco.

Y tomamos por blanco al *Siglo* por la importancia de sus redactores y de su suscripcion, y porque un articulo de la *Nacion* que trascribe aquel diario nos prueba que su propaganda ha llevado ya el flajelo del error á las playas argentinas.

Despedazado el corazon, como *El Siglo* dice, sentimos tener que empezar negándole, por el momento, la sinceridad y la franqueza de proceder que generalmente distingue á sus redactores, y que les ha dado el puesto que ocupan en la prensa.

Los hermanos, los amigos, los correligionarios de ayer y de siempre, una juventud que viene dando pruebas de civismo y despreocupacion desde largo tiempo; levanta una bandera simpática y noble, que está en el fondo de las convicciones de todos los buenos, y *El Siglo* no la combate de frente bajo el pretesto frívolo de sus afinidades personales con el iniciador del *Club Radical*.

No pueden sernos sino dignos de respeto tan fraternales sentimientos, cuando se ajusta á ellos la conducta del que los proclama; pero no nos merecen la misma simpatia cuando tienen solo el carácter de un expediente para eludir el debate franco.

Una eminente figura política, un antiguo adalid de la política filosófica, pero sin controversia ni duda, el hombre mas desprestigiado en todos los partidos de la República Oriental, proclama y sostiene en la *Revista Económica* de Buenos Ayres, ideas y doctrinas que la práctica y el tiempo han condenado con fallo inapelable.

El Siglo encuentra entonces fácil la tarea, y sin querer combatir á la juventud de Montevideo hace pesar sobre su cabeza la responsabilidad y el desprestigio que descubre ó cree descubrir en el escritor de la *Revista Económica*.

Se hace necesario, pues, decirle al *Siglo* que no hay tal diferencia entre los que tienen una misma aspiracion y persiguen un mismo fin.

Y menos, mucho menos, por mas que quiera hacerse una atmósfera ficticia, que esa divergencia sea *radical* y *antagónica*.

Los unos, dice, dan por causa de la guerra entre nosotros la coexistencia de los partidos; los unos piden la desaparicion de los partidos, y es asi como encuentra que las dos soluciones del problema son la fusion y la constitucion.

En esos unos, *El Siglo* envuelve a la *Revista Económica* y a la juventud que inicia el nuevo club, y *El Siglo* los combate y los combate bien en cuanto se refiere al escritor de Buenos Ayres, si asi piensa y eso defiende, pero el *Club Radical* muy al contrario; es esencialmente *anti-fusionista*, sostiene y es base fundamental de sus propósitos, la coexistencia de los partidos, y pugna y hará propaganda por hacer efectivo el soñado reinado de las leyes ó de esa constitucion que *El Siglo* defiende cuando nadie ataca.

Luego no hay tal antagonismo y *El Siglo* ladra á la luna, representada por el espectro de la fusion, que nadie sostiene, ó mas, que todas combaten.

Como la bandada de palomas que el cuervo espanta, asi se disolverian el *Club Radical* si entrase en él la idea justamente execrada de la fusion.

Nuestros actuales partidos son la expresion mas acabada del fusionismo, *fusion inmoral* de los elementos mas heterojeneos que es dado suponer, y es por eso precisamente que se dislocan y se pierden.

Clasificamos y apreciamos como *El Siglo*, las fusiones del pasado y el cortejo de convulsiones que han traído en pos, y es por eso que las combatimos y no queremos asumir responsabilidad en los futuros actos de los actuales partidos, porque están en pleno periodo fusionista.

La fusion política, quiere decir, el amalgamamiento de elementos diversos, contemporizando, para llevar adelante actos ó programas de interés comun.

Y esa es la situacion de nuestros actuales partidos; pero el *Club Radical* por el contrario, llama asi á todos los que tengan iguales propósitos, que quieran valerse de iguales medios, que aspiren á idénticos fines.

Los miembros del *Club Radical* no ceden un apice de las ideas y propósitos que forman el fondo de sus convicciones, y ha brotado desde el primer momento de sus labios, la palabra *radical*, porque no quiere *fusionarse* con nadie.

Quiere aprovechar y unificar los esfuerzos de todos los que piensan lo mismo, no para que los partidos desaparezcan, sino para darles á los partidos, en el terreno de la lucha, una bandera y una fisonomía marcada.

En todas las Repúblicas Americanas, está y debe determinarse bien, los caracteres de la lucha entre los que quieren *hacer sociedad*, y los par-

tidarios del caudillaje político; cualquiera que sea el traje con que se disfrace ese nuevo Rocambole.

El *Club Radical* no busca en acomodamientos falaces é hipócritas la solución, la piedra filosofal del gran problema.

La busca y la vé en el horizonte, en el desarrollo de las fuerzas armónicas de la sociedad.

Busca la fuerza moral en la cohesión y la homogeneidad de las ideas; como se buscan la cohesión y la homogeneidad de los cuerpos para realizar el fenómeno de la fuerza física.

Los *colorados* no van hácia los *blancos*, ni los *blancos* hácia los *colorados*; son hombres libres, concientes, reclutados no importa donde, que se encuentran pensando del mismo modo, en armonía perfecta de vistas y propósitos y que ejecutan en consecuencia el acto mas elemental y sencillo, mas natural y mas justo, de unirse y ayudarse para trepar juntos y fortalecidos la escabrosa cuesta.

Es por eso que el *Club Radical* no llama á su seno, á los partidos en masa, ni en masa á sus variados elementos, porque solo formaría entonces un partido malo, *mas peor* todavía que los actuales.

Llama solo á los hombres de todas las clases sociales que se hayan formado un criterio político y que en virtud de ese criterio, crean que las bases fundamentales que el Club se ha dado, son en la práctica, los medios mas conducentes para salir de esta perpetua negativa de organización social en que vivimos.

Creemos como *El Siglo* que es un imposible pedir al hombre que se despoje en un día, en una hora, repentinamente, de las ideas, de los sentimientos y aun de las preocupaciones que han constituido el culto de toda su vida.

Creemos sí, que la vida moral entera no puede cambiarse en un momento, ni dejarse para abrazar otra nueva, como las sandalias en el peristilo del templo.

Pero los miembros del *Club Radical* no tienen esas ideas y esos sentimientos de partidarios ciegos; se vienen hace muchos años emancipando de esas preocupaciones, que constituían el culto de toda una vida y á cuyo templo habían entrado por la puerta de las tradiciones de familia, del cual no se sale segun *El Siglo* sino por la puerta de la apostasia.

Por la puerta del estudio, de la razón, de la justicia, de la armonía social, puede salirse del templo, dejando la de la apostasia para los criminales políticos.

Por la puerta de las tradiciones de familia, hemos entrado todos al templo de la mala iglesia y del papado, y hemos salido, la mayor parte, buscando luz, porque nos abrumaban las sombras del claustro; y los redactores de *El Siglo* no se creen por eso *apóstatas*.

¿El hombre de bien que en un mejoramiento progresivo, de duda en duda, de desengaño en desengaño, rompe entre sus manos la copa con que desde su infancia se ha embriagado de preocupaciones y de errores es entonces un perpetuo apóstata?

No, mil veces no.

Con esa teoría, podríamos condenar todos los progresivos adelantos de la humanidad.

Apóstata es mas bien, el que por su inteligencia, sus estudios y sus sentimientos aprecia y conoce el buen sendero, y *se fusiona* á sabiendas con los perversos para seguir el camino del error.

El *Club Radical* se compone de convencidos y por medio de las nobles armas de la propaganda y el convencimiento, recluta sus prosélitos.

Asi como en los filamentos del cuerpo humano, hay una fuerza vital que repele los cuerpos estraños; asi tambien serán repelidos allí los que, creyéndolo un acomodamiento pasajero, lleven las *mañas* de los viejos partidarios.

De todo lo dicho resulta que el *Club Radical*, es esencialmente anti-fusionista.

La coexistencia no es la fusion, *la fusion desprestigiada, la fusion anti-pática, la fusion maldecida, la fusion inhumana como decia don Juan Carlos Gomez.*

Nosotros decimos como dice *El Siglo* que los partidos pueden, deben y tienen que existir y existirán siempre en todas partes del mundo, sin que su existencia sea causa necesaria de perturbacion y de guerra para las naciones.

Por el contrario, es de esa rivalidad de aspiraciones, que estimula el celo del dominante, por la oposicion del dominado; es ese choque incesante de ideas, de intereses y aun de pasiones, el que da fuerza á la corriente del progreso que impele la nave de los Estados al puerto de su destino; es de esa agitacion, de ese movimiento, de esa algarabia, por decirlo así, de donde se desprende la armonia sublime de la libertad, revelando la vida de un pueblo civil.

Pero decimos mas todavia: acatando por completo ese gran principio de la coexistencia de los partidos, que todos los que piensan van reconociendo y aplicando á nuestra actual situacion, propagamos y sostenemos que: cualquiera que sea el espediente que se adopte para salir de la acefalia de poderes en que vamos á entrar, *Convencion ó Cámaras*; todos los partidos deben estar allí representados, aun los peores y aun aquellos que puedan haber sido anonadados y completamente vencidos, porque creemos que nunca dejarán de esgrimir el puñal y la lanza, mientras no lo hayan sido por el convencimiento y la razon.

Es preciso repetirlo: queremos la coexistencia de los partidos en su mas lata expresion, la coexistencia práctica, en la prensa, en las reuniones, en los clubs y en las asambleas, no para fusionarlo, sino para vencer á los partidos malos en el terreno de la razon, de la justicia y de la ley, y levantar bien alto el pendon del partido bueno.

No es, pues, cierto que los valientes adalides de ayer, en la ingrata lucha empeñada para hacer prevalecer el derecho, la razon y la ley en el movimiento político de la República, hayan disentido tan radicalmente en puntos capitales, que formaban la base de sus creencias políticas y de su comunidad de esfuerzos y sacrificios.

No es, pues, cierto que la divergencia sea radical y antagónica.

Asi como habrá con el tiempo algunos que aunque pertenezcan de hecho, no pertenezcan en principio al *Club Radical*, porque no tienen comunidad de vistas y propósitos; asi tambien los redactores de *El Siglo* y los que se oponen al pensamiento, pero que combaten de tiempo atras el des-gobierno y las faltas de su propio partido, son partidarios del *Club Radical*, y lo son aunque no quieran, porque es decretar el imposible pedir al hombre que se despoje, en un dia, en una hora, de las ideas y sentimientos que han constituido el culto de toda su vida.

Una preocupacion y una cinta los retiene.

La armonía de los principios que hacia de la *divisa un lábaro*, se ha roto en nuestro antiguo partido, con una no interrumpida série de profanaciones; desde el Paysandú de Flores, hasta las arbitrariedades del pobre señor que nos gobierna; desde la dictadura, hasta las cámaras candidas que quieren perpetuarse.

A fuerza de arraistrarse en el cieno el lábaro se ha convertido en trapo.

¿Debemos condenar á la Francia porque declara la República, abandonando el viejo pendon realista que representa sus pasadas glorias?

No, pues bien, guardemos los principios y dejemosles el caducado simbolo.

Trabajemos, unamos los esfuerzos de los buenos y si el presente es de los Fariseos, el porvenir es nuestro.

J. A. V.

LOS PALMARES.

NOVELA ORIGINAL DE

CÁRLOS MARIA RAMÍREZ,

(Continuacion.)

—Es el destino de los hombres—¿no le parece á V? Los orientales se deben á su patria.

—Por la pátria de Artigas, se mataba y se moria con gusto..... pero despues.....

—Despues hemos ido progresando..... A la guerra del caudillaje, siguió la guerra de la libertad.

—Hermanos contra hermanos! murmuró el anciano; pero lo mismo que V., dicen todos los mozos de este tiempo; mi nieto vive de milagro; cuando no está en campaña, se encuentra amenazado y perseguido. Ahora por fin, nos han dado esta rancho y le han ofrecido garantías.....

—Ah! su nieto es de los vencidos! Déjelo no mas; ya se ha de ir acostumbrando á estar abajo.

—Se muere de tristeza!

—Pronto se olvidará de todo!

—No se olvidará jamás.

—¿Debe muchos males á sus enemigos?

—No les debe mas que la muerte de sus tíos y el tormento de su madre.

—Son los males inevitables de la guerra; hoy les toca á los unos y á los otros mañana.

—No estaria V. tan conforme si se metiera en ella y le tocasen esos males...

—Todavía no he entrado en juego; algun día lo haré tambien como cualquiera. Mi madre murió, dejándome muy niño, por los sinsabores en que la guerra civil sumia á mi familia, y mi padre acaba de morir á consecuencia de heridas que recibió en su temprana juventud.

—¿Era de los vencedores de hoy?

—Sí—D. Eduardo Ariarza, el secretario...

Al escuchar estas palabras, el anciano que durante toda la conversacion habia permanecido con la cabeza inclinada sobre el pecho y con las manos apoyadas en las faldas, se estremeció violentamente y levantó sus párpados como haciendo un esfuerzo supremo para ver á través de las blancas nubes que enturbiaban sus pupilas.

—¿Lo conocia V. acaso? preguntó Eduardo con solicitud.

El anciano guardó silencio y despues, volviendo á su natural postura, le respondió tranquilamente.

—Sí, lo he conocido mucho!

En ese instante iban á avisar que el carruaje estaba pronto para ponerse en marcha.

—Bueno, señor, dijo Eduardo levantándose, yo venia solamente á

pedir un poco de agua y he pasado un rato de agradable conversacion; como somos vecinos, he de volver á visitarlos.

—Gracias, señor, los viejos somos poco amigos de visitas.

—Hasta mas ver entonces, dijo Eduardo riendo con malignidad indulgente, y fué á tomar su tálbury que lo esperaba á unos cuantos pasos del ncho.

III.

Una hora despues, al caer la noche, Eduardo llegaba á los *Palmares*, recibido con señales de júbilo por Don Félix, Doña Salustiana y diversos peones de la estancia que lo esperaban al frente de la casa.

—Es V. el viejo capataz de mi padre, exclamó el jóven estrechando la mano de Don Félix.

—El mismo que tantas veces lo ha cargado y lo ha llevado por delante del caballo, cuando V. era un niño, contestó Don Félix con aire grave y sencillo.

—Si todavia tengo un recuerdo confuso de aquel tiempo....hace tantos años.....

—Aquí está mi mujer; V. no la conoce; vino á la estancia despues que V. se fué.

—Muy buenas tardes, señora, dijo Eduardo; la conozco mucho á V. por las ponderaciones con que la recordaba mi padre.

—Gracias, respondió la señora sonriendo con amabilidad y dulzura. Era Doña Salustiana, una mujer alta y delgada, de rostro descarnado pero no desagradable, vestida con un humilde traje de zaraza y un pañuelo de seda en la cabeza.

A la primer mirada, ya Eduardo snitió una viva simpatia por aquel modesto tipo de pobreza honrada, y recordó con gusto los informes laudatarios del anciano.

—Aquí tambien están, prosiguió Don Félix, los demás muchachos de la estancia; son mis compañeros; son los leales servidores del *finado*.

—Ya los iré conociendo uno por uno, exclamó el jóven y dirijió una mirada escudriñadora al grupo de hombres que lo rodeaban con el sombrero en la mano y los ojos inclinados hácia el suelo.

—Aquí estamos todos para servir al patron en lo que guste, como siempre servimos al *finado*; porque nosotros todos lo único que queremos es quedar con el patron como estuvimos tanto tiempo.....

Esto se vá haciendo letania, dijo Eduardo en su interior, y con una sonrisa afectada, interrumpió al capataz de esta manera:

—Se los agradezco mucho; todos han de permanecer en su lugar, despues hablaremos de eso,—¿no es verdad?—ahora lo que deseo es comer alguna cosa y descansar.

—Salustiana, lleva adentro á Don Eduardo, y arregla todo por allí, mientras yo me encargo de acomodar este carruaje y esta gente.

Doña Salustiana obedeció el mandato é introdujo á Eduardo en el interior del edificio, mostrándole todas las piezas con solicitud entre desembarazada y tímida.

—No se parece esto al rancho de los tiempos en que yo estaba por acá, dijo Eduardo con espresion *saudosa* al recorrer aquellos apartamentos espaciosos.

Concluida esta visita de inspeccion, Doña Salustiana sirvió á Eduardo una campestre cena, sazónada con sobriedad y con aseo.

El jóven habia caido en una meditacion profunda y devoraba los platos que se le servian, con esa distraccion que convierte al hombre en una máquina, sin conciencia de las acciones exteriores.

Su rostro amarillento, lleno de contracciones nerviosas, y de espresion *enérgica*, *sombriado* por una abundante cabellera que caia en descuidados bucles sobre su frente y sus mejillas marchitas, parecia revelar toda una vida de desórden, de agilacion y de pasiones.

Sus negros ojos, rodeados de intensísimas orejas, brillaban con la mirada inquieta de la imaginacion que no puede reconcentrar su fuerza en un objeto y que se pierde en divagaciones cavilosas.

Sus ademanes apresurados y violentos, demostraban fácilmente al hombre de actividad desordenada y febril.

Doña Salustiana, de pié junto á la mesa, observaba con interés la espresion y los movimientos de Eduardo, hasta que al terminar la cena, se atrevió á romper el largo silencio mantenido, diciendo con natural dulzura.

—Como vá á estrañar V. esta vida tan aburrida del campo!

Eduardo levantó la cabeza con cierta demostracion de impaciencia, pero al encontrar la simpática y benévola fisonomia de doña Salustiana, desarrugó el ceño y respondió suavemente.

—Muy al contrario, señora; cuando se han pasado muchos años de alegría y de inquietud, se viene con gusto á disfrutar la calma y el silencio de esta vida.

—Entonces, se quedará V. algun tiempo por acá.....

—Sí, señora, si, pienso por ahora estar quince dias á lo menos; despues iré á Montevideo para regresar al punto y pasar todo el verano.

—Que alegría para nosotros, exclamó doña Sebastiana; nosotros que tanto estrañamos á su padre!

—Volveré, pero no solo sino acompañado, prosiguió Eduardo sonriendo; señora, le doy á V. parte de casamiento.

—Ah! ¿V. se casa al fin?

—¿Porqué dice V. al fin?

—No señor, por nada, yo decia solamente.

—Hable V.. hable V. con confianza.

—No, señor, por nada, repitió doña Sebastiana algo confusa.

—Entonces, yo se lo diré para quitarle el miedo.

Mi pobre padre habrá manifestado tal vez su desagrado por mi casamiento y la oposicion tenaz que le hizo siempre—¿no es verdad señora?

Doña Salustiana permaneció callada.

—Cuando el corazon está por medio, no siempre es posible respetar la voluntad paterna. Tengo confianza en mi, y crea que seré feliz. V. conocerá á mi esposa, y me contestará despues.

—Ah! si, señor, pues no exclamó doña Sebastiana saliendo de su turbacion, será muy feliz de cierto; los viejos suelen tener sus ideas y se equivocan como todos.

—Así lo pienso yo, y sin embargo, confesaré, señora, que he sentido una impresion penosa al entrar en esta casa donde por tantos años habitó mi padre y donde yo voy á introducir una mujer que le inspiraba repulsion profunda.

—No piense V. en eso, dijo doña Sebastiana con disgusto; como se llama la novia?

—Se llama Adela.

—Y será bonita por supuesto.

—V. me le dirá cuando la vea.

—Perdon, señor, lo estoy aburriendo con preguntas; voy á levantar la mesa para dejarlo descansar.

—No me aburre V.—muy al contrario, pero en efecto estoy cansado, respondió Eduardo y se dirigió á su cuarto.

Pronto quedó todo en calma y en silencio.

Eduardo, con visibles muestras de agitacion y de desvelo, á pesar de su natural cansancio se paseaba á largos pasos en las distintas piezas de la casa; y por último, tratando de dar respiracion mas bien que á su cuerpo fatigado por un viaje de tres dias á su imaginacion ahogada por un abrumante devaneo, abrió de par en par la ventana sin reja de su cuarto y se recostó negligentemente en ella.

Reinaba en ese instante la calma deliciosa que durante la primavera succede casi siempre al viento pertinaz del día; la luna, diáfana y brillante en un cielo sin nubes ni celajes derramaba luz poética sobre las verdes hojas de los *paraisos* y sombras caprichosas sobre la blanca arena del patio; aparecian mas allá las grandes arboledas, llenas de misterioso encanto, como reunidas á escuchar las melancólicas confidencias del murmurante arroyo; el canto sonoro de los gallos y el enérgico ladri-

do de algun perro eran los únicos sonidos que de tiempo en tiempo llegaban á turbar el apacible silencio de la noche.

Eduardo permaneció largo rato entregado á la contemplacion de tan hermoso cuadro, sintiendo que aquella serenidad y aquel reposo llevaban un influencia bienhechora hasta su alma.

Aliviado así de sus meditaciones inquietas, Eduardo pudo acostarse con el ánimo tranquilo y entregarse al punto en los brazos reparadores del sueño.

IV.

A la mañana siguiente, Eduardo despertaba sintiendo ruido en la puerta.

—Adelante, adelante, dijo el jóven al mismo tiempo que se incorporaba en el lecho y llevaba su mano á la cabeza para arreglar un tanto el desórden de su enrulada cabellera.

El aposento estaba á oscuras; Eduardo veia solo dibujarse la sombra de una muger.

—Señor, dijo una voz medrosa y suave, mama le manda preguntar si V. quiere tomar alguna cosa antes de levantarse.

—Dígale que sí; tomaré un mate....

—Está bien, señor, respondió la mujer y se alejó.

—Mire, mire, gritó Eduardo entonces, hágame el favor de abrir el postigo de la ventana.

La muger volvió sobre sus pasos y se dirigió á cumplir la órden recibida; abrió el postigo y quedó iluminada su figura.

Era una niña blanca y pálida; no habia gran belleza en sus facciones, pero toda su fisonomia estaba llena de interes. Sus verdes ojos, velados entre pestañas espesas y circundados de melancólicas ojeras, parecian mirar á traves de un velo misterioso. Su cabellera rubia, anudada en sencillas trenzas sobre el cuello, caia en ondas naturales sobre la frente un poco angosta, pero tersa. Sus lábios ligeramente descoloridos, delgados y entreabiertos dejaban ver dientes blanquissimos.

Parecia en aquel instante que un rayo de sol iluminaba la faz de una diamela.

Eduardo tuvo poco tiempo para recrear la vista, porque la jóven salió con presteza del cuarto, sin dirigir á ninguna parte su mirada.

Algunos momentos despues, volvia con el *mate*, lo entregaba á Eduardo y se alejaba algunos pasos mirando hácia otro lado, con recato, pero sin afectacion.

Eduardo no pudo menos que sonreir al verse en aquel instante á solas con tan jóven y simpática muger, pero todos sus sentimientos estaban domidados por el de una contemplacion llena de interes y de embeloso.

La joven vestía un traje suelto de zaraza, que dibujaba sus formas voluptuosas en toda la espontaneidad de la naturaleza femenil. Eduardo no acertaba todavía á darse cuenta, como á cincuenta leguas de Montevideo, llevando una vida de privaciones y trabajos, sin polvos y sin corsé, sin *postizos* y sin modista, una muger podia tener rostro tan angelical y cuerpo tan bien formado.

Al segundo mate, Eduardo que maquinalmente se habia arreglado el pelo por tercera ó cuarta vez, resolvió entrar en conversacion con su interesante camarera.

—Supongo que V., le dijo con amable desembarazo, es la hija de Dña. Salustiana; me ha gustado mucho esa señora; ¿V. cómo se llama?

Desde la primer palabra pronunciada por Eduardo, la joven habia perdido su modesta serenidad, y el rubor habia subido á sus mejillas; con voz trémula, fijando los ojos en el suelo, contestó despues de algunos momentos de completa turbacion:

—Sí, señor, soy su hija.... me llamo Maria Angélica.

—Muy lindo nombre tiene V. Hicieron bien sus padres en llamarle *Angélica*—no es verdad?—y diciendo estas palabras Eduardo hizo un leve movimiento con el brazo.

—Acabó el *mate*? balbuceó Maria Angélica acercándose ligeramente

—No, no he acabado todavía; estoy por la mitad. Dígame una cosa —¿V. tambien es hija de D. Feliz?

—No, señor, no soy....

—Ah! ya entiendo, se dijo Eduardo para si; esta es de raza fina; se conoce por encima de la ropa.

La observacion no dejaba de tener su fundamento, porque el pié de Maria Angélica era pequeño apesar del mal calzado, y su mano no era fea aun con las asperezas adquiridas en las mas rudas faenas del hogar.

Llegó la ocasion del tercer mate y Eduardo continuó sus preguntas á la joven.

—¿V. no habrá conocido á su padre, por supuesto?

Maria Angélica permaneció callada un instante, y enseguida dijo con cierto aire de dignidad satisfecha:

—Lo conocí; tenia ocho años cuando lo mataron.

—Ah! en alguna pelea lo mataron.

—No señor, mi padre era militar; murió en la guerra.

—Y V. tenia entonces ocho años! Y ahora, que edad es la que tiene?

—Diez y seis años, señor, respondió Maria Angélica volviendo á su primera turbacion.

—La edad mas linda en la muger, exclamó Eduardo; la edad aparente para que la muger se case—¿no es verdad?—.....¿Por qué no me responde? V. está con miedo....tengo yo cara de malo?

En ese instante, Eduardo que no descuidaba su bebida, hizo sonar el mate y María Angélica se apresuró á tomarlo.

—No quiero mas; mil gracias! dijo Eduardo, condolido al ver su turbacion y su rubor.

María Angélica salió con paso acelerado sin contestar una palabra.

—Pues, señor, murmuró Eduardo al levantarse, esta preciosa mu- chacha me ha tenido en distraccion un buen rato de la mañana.

V.

Eduardo se vistió con toda calma y salió por la puerta del fondo al ancho patio que mediaba entre la casa y los membrillales de la quinta— Estaba allí lo que en el lenguaje aristocrático del pueblo llamaremos el *departamento de la servidumbre*. En ese instante María Angélica, coloeada á la sombra de una palma arrojaba puñados de maiz á las gallinas y en seguida llamaba á los pollitos para darles arroz en el hueco de la mano.

Asi que Eduardo salió al patio, Da. Salustiana que tambien andaba por allí, se le acercó y le dijo con su aire característico de bondad.

—Buen día, D. Eduardo; se ha levantado muy tarde y la mañana está tan linda; mas valia aprovecharla dando una vuelta por el campo,

—Si, señora, he de madrugar mas adelante; anoche cai rendido del viaje—¿No está D. Feliz?—¿ha salido?

—Si, señor, fueron todos á carnear; el ganado está flaco todavia por aqui y es preciso ir á buscar la rez un poco léjos. Despues la llevan á aquel *puesto* que se divisa en la cuchilla y de allí nos traen la carne.

—Me parece bien, asi la estancia puede conservarse en mejor estado de limpieza.

María Anjélica que habia concluido su tarea cruzó por delante de la buena muger y del amable jóven.

—Muy linda niña tiene V., dijo Eduardo con una sonrisa inocente y afectuosa.

—Ah! no señor, no es linda, pero es buena cómo un ángel.

—Razon tenia yo para decirle á ella misma hace un instante que habian acertado al llamarle *anjélica*.

—No consiste en el nombre, sino en el modo de ser tan exelente.

—Por eso mismo lo decia.

—Si viera V. como trabaja la pobrecita criatura! yo estoy enferma; padezco del pulmon, tengo mucha toz de noche; apenas sirvo la cocina, ella me ayuda en la cocina; ella es la que lava en el arroyo y la que plancha; sabe planchar muy bien. Ella tambien es la que nos cose, y de cuando en cuando cose para afuera. Es muy habilidosa. Ya le enseñé á hacer puntillas, y ella las hace mucho mejor que yo; un dia le he

de mostrar como todas sus camisas y hasta sus enaguas están adornadas con puntillas. Es un poco presumida. A veces tambien borda, pero eso no lo sabe hacer; no ha tenido quien le enseñe.

—Que exelente criatura! dijo Eduardo complacido; pero debe pasar vida muy triste.

—Ella no es alegre; nunca ha sido juguetona, pero se entretiene en cualquier cosa. Junta nidos de pajaritos, cuida los pollos de las gallinas como si fueran sus hijos y tiene allá en el fondo de la quinta un jardin-cito. Es loca por las plantas. El patron le hacia venir de Montevideo algunas macetas de rosas y jasmínes. Ella suele ir al monte y trae enredaderas; hay algunas muy vistosas, V. las ha de ver; las trasplanta despues con gran cuidado pero la mayor parte se le pierden. Esa que está junto á la ventana de la sala es de Maria Anjélica; la única que ha prendido con fuerza; está llena de flores.

—¿Si? no me he fijado en eso. Tienen vdes. un primor en esa niña. La querrán mucho—¿no es verdad?

—Yo la adoro; soy su madre y no tengo sino á ella en este mundo. Pero no todos la quieren bien. Dicen que es fingida y orgullosa. Como siempre anda tan aseada, y para salir al sol se echa un pañuelo grande hácia la cara! Despues es media triste; no le gustan los barullos ni quedarse entre los *peones*. Cuando no está á mi lado en sus quehaceres, anda sola con sus nidos y sus flores á las vueltas. Ella me suele preguntar por que la tratan mal algunos. Es una suerte para ella, si yo llego á morir pronto—no ha salido enamorada!

Y al decir estas palabras, la buena muger sentia arrasarse en lágrimas sus ojos.

—No llore Dña. Salustiana; su bella hija ha de ser feliz porque lo merece á la verdad. Suponiendo que V. falte, le queda aun su padre para quererla y cuidarla como V. lo haria.

—Ah! sí es verdad,... Feliz... me olvidaba... como yo la quiero tanto.

—Perdon, señora, me parece recordar ahora que D. Feliz no es el padre de Maria Angélica; y no se reemplazan con nada los vinculos de la naturaleza.

—Feliz quiere tambien mucho á Maria Angélica, exclamó Dña. Salustiana con el marcado intento de disculpar á su esposo.

—No lo dudo; pero creo imposible....

—Mire V.; suele tratarla con dureza; la reprende con mal modo y le echa en cara las mas pequeñas faltas; pero es la consecuencia del carácter, nada mas. La quiere mucho en el fondo.

—Eso puede ser tambien; tendré la franqueza de decirle que no en-

cuentro á D. Félix, tan bueno y tan honrado como es, digno de tener una señora como V.

—No diga semejante cosa, D. Eduardo, exclamó Dña. Salustiana con un tono mezclado de reproche y de tristeza.

—Que quiere V., señora, soy muy franco. Me parece que V. y Maria Angélica pertenecen á otra esfera de mas educacion y mas cultura.

—No, señor, no crea; todos somos pobres y nunca hemos salido del campo.

—Sí, V. parece *pobre*, pero *pobre de pueblo*, que es muy distinta cosa á mi entender.

Doña Sebastiana se sentia violentada por estas indiscreciones pueriles con que la asediaba Eduardo, pero no podia menos que responder á su patron, y dijo:

—Soy del Durazno, es cierto; allí naci y allí me crié, allí tambien nació y se crió mi hija; cerca de allí tambien murió mi esposo.....

—¿Cerca de allí murió su esposo? Alguno de los asesinados....

—Sí, señor, el capitan Arbelo....

—¿El patriota capitan Arbelo? Recuerdo ahora que algo de eso le oi contar á mi padre. Crea que me inspiran, V. y su hija, el respeto mas profundo. Ya hemos vengado y vengaremos bien esos martirios.

—¿Qué saco yo señor con que Vdes. hagan otras viudas y otras desgraciadas como yo?—preguntó doña Sebastiana con toda la amargura de una ingenuidad hiriente.

—Tiene V. razon, contestó Eduardo con las facciones contraidas y la mirada chispeante; tiene V. mucha razon; como ahora las viudas de los patriotas poco guardan el duelo á sus esposos!

Doña Sebastiana sintió el dardo llegar al fondo de su corazon bondoso, y prorrumpiendo en llanto, se sentó en el umbral de la puerta á cuyo lado estaba, para ocultar el rostro entre sus manos.

Eduardo la contempló unos minutos en silencio, y sentándose junto á ella en un tronco de madera que estaba allí tirado, le dijo con dulzura.

—Perdone V. señora, soy un mal criado; no puedo contener la irritabilidad de mi génio ó no me han enseñado á contenerlo, mejor dicho. La he ofendido á V. y la he ofendido torpemente; le pido mil perdones.

—D. Eduardo, V. no necesita mi perdon, respondió Da. Salustiana levantando la cabeza y enjugando el llanto; yo le voy á esplicar en un momento porque no he guardado á mi esposo el duelo que debia.

—Yo la justifico á V. señora, exclamó Eduardo con precipitacion estremosa; respeto sus desgracias y creo en la honestidad de su vida.

—Ya que me ha ofendido, sea bueno para escuchar mis disculpas, replicó Da. Salustiana tristemente.

—Hable V. señora, hable V. que voy á escucharla con interés profundo, y el jóven acercó el tronco que le servia de asiento al umbral donde Da. Salustiana se encontraba con el codo izquierdo apoyado en la rodilla y la cabeza reclinada en la palma de la misma mano.

(Continuará.)

SUETOS DIVERSOS.

Revista de la semana.

Con el objeto de dar publicidad á los artículos que desde el número anterior quedaban en nuestro poder, resolvimos agregar ocho páginas al número segundo, creyendo de este modo contar con el espacio suficiente para llenar las diversas secciones que forman nuestro cuadro.

Sobre todo, teníamos un interés primordial en dar cabida á la revista semanal que nos hará seguir el hilo de los sucesos del país.

Desgraciadamente, nuestros esfuerzos han sido inútiles, puesto que las ocho páginas agregadas no han bastado siquiera para los escritos que estaban ya anunciados.

Demostrado así el empeño que hay de nuestra parte para corresponder á nuestras promesas, solo debemos asegurar que en adelante trataremos de evitar á todo trance esta omision, si tal puede llamarse la simple sustitucion de materiales.

Confiamos en que los artículos de nuestros colaboradores han de satisfacer completamente las exigencias del público.

El folleto sobre la guerra civil y los partidos.

El director de la *Bandera Radical* ha dirigido á todos sus amigos el folleto sobre *la guerra civil y los partidos*, pero con la multitud de ocupaciones que ha tenido en estos dias le ha sido imposible organizar con exactitud la distribucion dispuesta.

Sabiendo que algunos de sus amigos no han recibido por esta causa su folleto, el Director de la *Bandera Radical* pide que se le disculpe esta falta involuntaria, esperando poder remediarla muy en breve.

Correspondencia.

Apesar de las ocho páginas aumentadas á este número, no hemos tenido espacio para continuar la publicacion de nuestra correspondencia política.

Lo haremos así que nos sea posible efectuarlo sin trastorno para la marcha regular de la revista.

Advertencia.

Para cualquier asunto referente á la redaccion y administracion de este periódico, podrán las personas dirigirse á D. Carlos Maria Ramirez, ó á D. Leopoldo Machado en la imprenta del *Telégrafo Marítimo*.